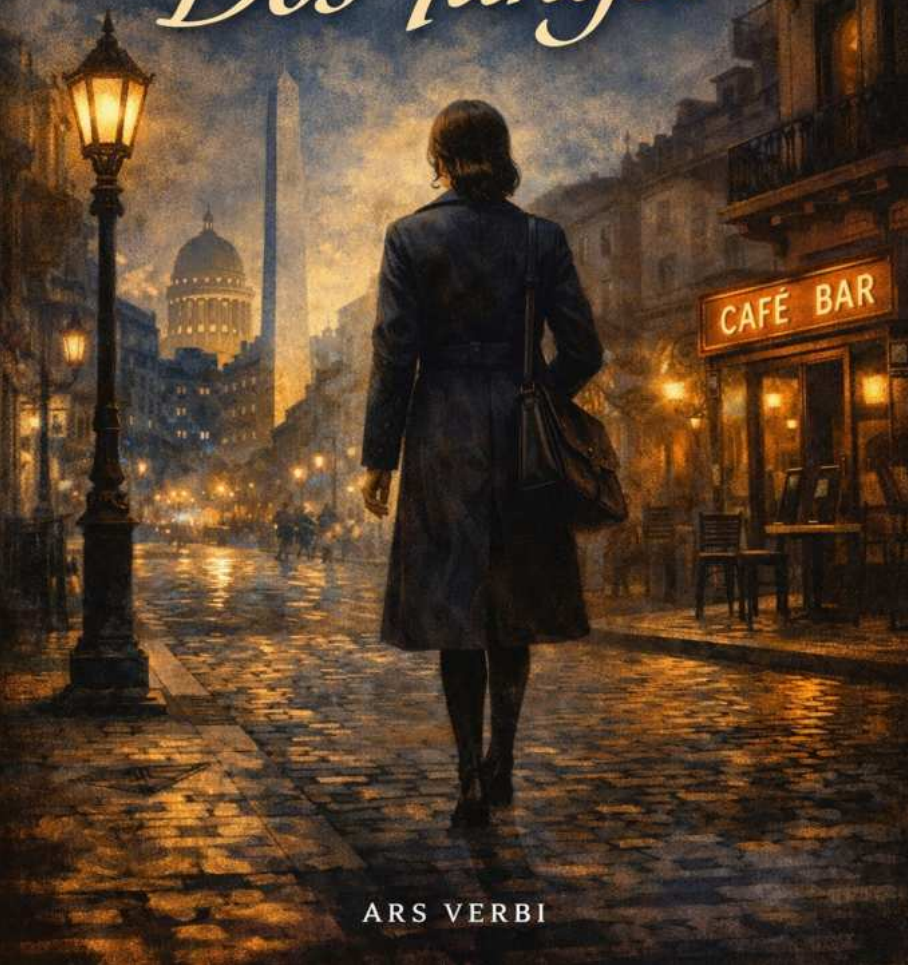


AUGUSTO LA FERE

*Entre
Dos Tangos*



ARS VERBI

ENTRE DOS TANGOS

AUGUSTO LA FERE

ENTRE DOS TANGOS

Edición Digital

LAPA
ARS VERBI
2026

Créditos

Entre Dos Tangos

© 2026 Augusto La Fere

Publicado por *Ars Verbi™*

Lapa, Paraná, Brasil

Edición Digital

ISBN: 978-65-988752-9-9

Prólogo: *Mi Buenos Aires querido*

Letra y música: Carlos Gardel y Alfredo Le Pera

Epílogo: *El día que me quieras*

Letra y música: Carlos Gardel, Alfredo Le Pera y Robert Livi

Incluidas con fines literarios y contextuales.

Esta obra está bajo la licencia Creative Commons Atribución — No Comercial — CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Podés compartir y adaptar esta obra, siempre que:

- Atribuyas el crédito al autor;
- No la uses con fines comerciales;
- Publiques obras derivadas bajo la misma licencia.

Para más detalles, visitá:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

<https://arsverbi.com.br>

Dedicatoria

Para aquello que una noche
se hizo lugar entre dos cuerpos,
tomó el pulso de la ciudad
y después fue llevado
a la blancura.

Sumario

Prólogo: Mi Buenos Aires querido.....	1
1. La ciudad entra con ella.....	3
2. La respiración compartida.....	14
3. Entre la cera y la firma.....	18
4. Un café demora lo que a ella le falta.....	23
5. El humo en la puerta.....	29
6. La noche deja pasar.....	36
6bis. Antes de la blancura.....	44
7. Mientras no la llaman.....	51
8. Pantalla, silla de plástico, luz blanca.....	57
9. La coincidencia prevista.....	64
10. El pasillo tiene otro frío.....	72
11. La obediencia blanca.....	78
12. La lluvia sigue en la lana.....	84
12bis. La mano busca abrigo.....	91
13. Cantiga baja.....	98
14. Todavía no.....	106
15. Ya no.....	113
16. Nadie sabe lo que falta.....	120
Epílogo: El día que me quieras.....	129

Prólogo: Mi Buenos Aires querido

Mi Buenos Aires querido
Cuando yo te vuelva a ver
No habrá más penas ni olvido

El farolito de la calle en que nací
Fue el centinela de mis promesas de amor
Bajo su quieta lucecita yo la vi
A mi pebeta luminosa como un sol

Hoy que la suerte quiere que te vuelva a ver
Ciudad porteña de mi único querer
Y oigo la queja de un bandoneón
Dentro de mi pecho pide rienda el corazón

Mi Buenos Aires, tierra florida
Donde mi vida terminaré

Bajo tu amparo no hay desengaño
Vuelan los años, se olvida el dolor

En caravana los recuerdos pasan
Como una estela dulce de emoción
Quiero que sepas que al evocarte
Se van las penas del corazón

La ventanita de mi calle de arrabal
Donde sonríe una muchachita en flor
Quiero de nuevo yo volver a contemplar
Aquellos ojos que acarician al mirar

En la cortada más maleva una canción
Dice su queja de coraje y de pasión
Y una promesa y un suspirar
Borró una lágrima de pena aquel cantar

Mi Buenos Aires querido
Cuando yo te vuelva a ver
No habrá más penas ni olvido

1. La ciudad entra con ella

Aldana entra
con la madrugada cosida al abrigo,
como si hubiera venido juntando en la manga
el frío de las veredas,
la luz de los faroles cansados,
el olor gastado de una noche que no termina de irse
porque sabe, en alguna parte de su aire,
que le queda una entrega por presenciar.

Entra y ya trae en el cuerpo
esa obediencia tensa de quien llegó hasta aquí
sin permitirse pensar demasiado,
como se llega a un borde
repitiendo por dentro un orden pequeño,
un orden de pasos, de llaves, de documentos, de
cartera cerrada,
para que el temblor no tome la forma de la voz
ni suba a los ojos
ni le arruine a la boca
la última compostura.

La puerta de vidrio cede
con un ruido breve,
un ruido de cosa que separa dos respiraciones.

De este lado, la calle todavía mezclada a la ropa.

Del otro, la blancura.

No una blancura de pureza.

Una blancura de fatiga lavada,
de lámpara que ha velado demasiadas noches,
de baldosa fregada hasta quedarse sin memoria visible,
de paño, de desinfección, de agua hervida,
de tiempo administrativo
que ya no pregunta por el alma de nadie
y sin embargo la roza.

Aldana dice su nombre.

Lo dice bajo,
como quien no quiere despertarlo del todo,
como quien todavía esperara
que el nombre, pronunciado con suficiente cuidado,
conservase algo de casa,

algo de infancia,
algo que no entre enseguida en el orden frío
de las cosas registradas.

Pero el nombre cae.

Cae sobre el mostrador
con el peso exacto de una cosa separada de sí,
como una llave dejada en un plato de metal
antes de cerrar una puerta,
como una moneda última
entregada a una mano extraña,
como un pendiente quitado al final de la noche
cuando el espejo ya dejó de prometerse
que seguís siendo la misma.

Aldana oye su propio nombre afuera de ella
y por un segundo lo desconoce.

Lo suficiente
para sentir que algo empezó a pasar del otro lado,
del lado de los papeles,
del lado donde las cosas reciben fecha, firma, casillero,
y empiezan a existir con una dureza
que el cuerpo todavía no alcanza.

Del otro lado del mostrador,
unas manos reciben el nombre
sin violencia y sin consuelo.

Manos de turno,
manos de noche prolongada,
manos que ya aprendieron
que la piedad visible estorba
cuando el mundo exige prolijidad.

En la manera de acercar el formulario,
en el leve cuidado con que la lapicera encuentra la
mesa,
hay el pulso corto
de una lámpara que no se apaga,
una forma civil de no dejar caer del todo a nadie,
aunque todo aquí esté hecho
para que cada quien se sostenga apenas
sobre lo indispensable.

Aldana no tiembla hacia afuera.

Se recoge.

Todo en ella empieza a trabajar hacia adentro.

Los hombros,
que se acercan apenas entre sí,
como si quisieran guardar una parte del aire.

La mano,
que no suelta del todo la cartera,
porque el cuero, el cierre, el recibo guardado, la pastilla
suelta,
esa pobre economía de cosas íntimas,
todavía fingen frontera.

El vientre,
callado bajo la ropa,
más callado ahora que la luz cae recta
y parece volver visible
hasta lo que no se nombra.

No piensa en grandes frases.

No piensa en destino, ni en culpa, ni en derecho, ni en
castigo.

Piensa como piensa el cuerpo
cuando ha dejado de confiar en la largura del
pensamiento.

Piensa en sostenerse sentada dentro de sí,
en no perder la compostura del cuello,
en no dejar que la respiración se rompa,
en llegar hasta el siguiente gesto
sin que la noche, acumulada hasta aquí,
se le abra de golpe en la cara.

Y afuera, Buenos Aires.

Todavía entera en la superficie.

Todavía haciendo lo suyo
con esa mezcla de rutina, insomnio, rito y cansancio
que la vuelve querida
incluso cuando ya no sabe cuidar del todo
lo que lleva dentro.

La ciudad respira
como respira una criatura antigua
que aprendió a vivir de retazos.

Respira por el agua detenida entre baldosas,
por el vaho contra un vidrio de colectivo,
por una persiana a medio bajar
que parece no decidirse entre la vigilia y el descanso,
por la luz que queda encendida en una ventana alta
como una idea fija,
por un café demorado en alguna barra
donde alguien revuelve el fondo de la taza
para no volver tan pronto a sí mismo.

Respira también por sus costumbres morales,
por sus restos de rito,
por la señora que vuelve de misa
con el pecho guardando un poco de cera y de súplica,
por el hombre que barre la vereda
con la seriedad humilde de quien endereza el mundo
aunque sepa que en unas horas
volverá a ensuciarse,
por la mano que apaga un cartel,
por la otra que cuenta cambio,
por la otra que acomoda pan en una bandeja,
por la otra que corre el pestillo de una puerta.

Buenos Aires, a esa hora,
no es sólo una ciudad.

Es un cansancio repartido
en muchas manos.

Un cansancio viejo,
pero capaz de perseverar en sus pequeños deberes,
en sus fidelidades mínimas,
en su modo de seguir respirando
aunque no comprenda del todo
qué pérdidas la trabajan en secreto.

Por eso Aldana no entra sola.

Entra con la calle adherida al cuerpo
y con la ciudad entera respirando detrás de ella,
sin saber que ya empezó a faltarle algo,
sin saber que una porción mínima de su noche
ha cruzado una puerta de vidrio
y ahora se sienta bajo una luz blanca
a entregar su nombre.

Aldana siente esa respiración exterior
sin formularla.

La siente como se siente un clima,
una presión,
un acompañamiento impersonal y obstinado.

Todavía hay mundo.

Hay taxis, veredas, tazas, santos, persianas,
todavía hay una continuidad de cosas pequeñas
que no se han quebrado.

Y acaso por eso mismo
duele más esta blancura,
esta mesa,
este momento en que el nombre deja de pertenecerle
del todo
y empieza a ser llevado
por el orden ajeno de la madrugada.

Entre Aldana y la ciudad
sólo media esta puerta,
esta luz recta,
este mostrador
donde una vida íntima empieza a traducirse
al renglón seco
de fecha, firma y casillero.

Pero la traducción no es completa.

Algo de ella resiste.

Algo de la ciudad también.

Resiste en la manera en que Aldana calla
sin vaciarse.

Resiste en la manera en que la ciudad continúa
sin saber todavía
que continuará menor.

Aldana permanece ahí,
con la noche todavía prendida en la manga,
con el cuerpo trabajando en silencio
para no deshacerse antes de hora,
con el nombre recién soltado
temblando sobre la blancura.

Y Buenos Aires, afuera,
todavía respira entera,
con su gran corazón de costumbres fatigadas,

con su alma repartida en ventanas, esquinas, barras,
portales,
con su viejo instinto de durar
aunque la madrugada ya haya abierto,
en una sala de guardia,
el lugar preciso
por donde empezará a perder.

2. La respiración compartida

Aldana sentada bajo la lámpara,
con las rodillas juntas y las manos recogidas
en esa pobreza quieta del regazo
donde el cuerpo, sin pedir consuelo,
encuentra una forma de no deshacerse.

Respira,
y el aire que entra no llega vacío:
trae la lana rozada por la cera,
la raspadura del humo,
el calor menor de una taza demorada,
la calle húmeda,
la fatiga de vidrio y persiana,
todo ese trabajo oscuro de Buenos Aires
que pasa de boca en boca
sin saber
en qué pecho va dejando su cansancio.

Aldana lo recibe
con la obediencia muda de la garganta,
con el pecho abriéndose y cerrándose

sin testimonio,
como se abre y se cierra la noche
cuando todavía tiene mundo
y no ha sido lavada del todo
por la blancura.

Más abajo,
donde la ropa cae sobre el vientre
y el silencio aprende otra densidad,
la vida sin rostro que ella lleva
toma también ese aire,
no como pensamiento,
no como promesa,
sino con la paciencia ciega
con que respiran las cosas
que aún no han sido llamadas por su nombre.

Y así la misma respiración,
sin declararse,
sin reunirse para ser una,
pasa por la boca de Aldana,
desciende a la hondura donde otra vida la comparte,
y sigue siendo Buenos Aires
en su mezcla de humo, cera, café, calle,
en su manera de gastar el aire

y devolverlo más humano,
más pobre,
más usado por la noche.

Nada se separa.

Ni la silla de hierro
de ese pecho que trabaja.

Ni la lámpara
del aire que la noche vuelve menos pura.

Ni la ciudad
de la respiración que ahora sostiene
a una mujer sentada
y a la vida que calla dentro de ella.

Aldana respira
y la respiración encuentra en su cuerpo
dos honduras,
una visible apenas en el subir y bajar del pecho,
otra escondida bajo la tela,
más quieta,
más muda,
pero ya prendida al mismo hilo de aire.

Buenos Aires respira en eso,
no como fondo,
no como paisaje,
sino como materia compartida,
como lo que pasa por todos
y aquí se vuelve más grave,
más cercano al temblor,
más próximo a perderse
sin haber dejado de ser común.

Por eso Aldana, sentada,
no está sola en la luz.

La ciudad entra con ella
en la pobreza recta de la silla,
en el cuello quieto,
en la boca que recibe,
en el vientre que guarda,
y mientras la luz recta quiere alisar lo que toca,
la respiración persiste
con su resto de calle, de cera, de humo, de taza,
con su pequeño barro de mundo,
haciendo de un solo aire
tres formas de permanecer.

3. Entre la cera y la firma

Aldana firma.

La noche cabe todavía en Buenos Aires
como una brasa pobre en la palma ahuecada,
sin alzar llama,
sin pedir lengua,
apenas sosteniendo en el aire
una obediencia de cera.

Una señora lleva la cartera contra el pecho.

Aldana sostiene la suya sobre el vientre.

El cuero, de un lado y del otro,
ha aprendido el calor de los dedos,
la forma del resguardo,
ese modo en que las cosas mínimas
se vuelven más graves
cuando rozan el cuerpo.

En la mano de Aldana, la tinta
abre su hebra oscura,
delgada como un hilo mojado de sombra,
y entra en el nombre
con la mansedumbre de un animal doméstico
que ya conoce la casa del daño.

En la lana de la otra,
la misa no termina:
queda prendida
como queda en un vaso la marca de la boca,
en una piedra el agua,
en una campana el temblor que ya no suena
y sin embargo persiste.

Buenos Aires respira así,
con su pecho de mármol y ventanilla,
de banco gastado y vidrio lavado,
de vela que se inclina sin perderse
y hoja blanca donde el nombre, al caer,
empieza a enfriarse.

Nada se separa del todo.

La oración, todavía tibia,
busca su nido de costillas, de lana, de rosario enredado.

La firma, todavía húmeda,
busca su casillero de lámpara recta, de papel, de metal
sin memoria.

Y la ciudad, entre una guarda y otra,
hace pasar la noche
por esas dos cerraduras.

Aldana no alza la cabeza.

Inclina apenas la muñeca
y todo el cuerpo entra en esa curva,
como si el cuello, los hombros, el aire retenido,
la parte más muda del vientre,
tuvieran que caber también
en la línea donde el nombre
deja de ser calor
y empieza a ser superficie.

La otra lleva en el pecho
una llama menor que no ilumina:
ordena.

Junta la espalda,
sostiene el paso,
da a la mano una gravedad de hostia guardada,
de llave envuelta en pañuelo,
de cosa pequeña que no debe perderse
porque en su pobreza todavía resiste el mundo.

Aldana escribe
y la noche, en vez de cerrarse,
se afila.

Algo de cera pasa al papel.

Algo del banco, de la piedra, del amén sin sonido,
rozando el aire,
entra en la prolijidad del formulario
como una ceniza fina que no mancha
y vuelve más visible la lisura.

Así respira Buenos Aires,
con un resto de altar entre los dientes
y un hilo de tinta abriéndose en la guardia,
con mujeres que aprietan contra sí
lo poco que les queda caliente,

con nombres dichos hacia adentro
y nombres dejados afuera,
con esa costura de pecho y ventanilla,
de súplica y casillero,
de cera que no se apaga
y letra que ya empieza
a oler a hierro.

Aldana firma
debajo de una luz sin párpado.

La otra, sin soltar del pecho la cartera,
lleva en la lana la respiración de la misa
como se lleva un pájaro pequeño
para que no se lastime contra la noche.

Y la ciudad, todavía entera,
las guarda en un mismo aire:
la llama que custodia
y la mano que consiente,
el rescoldo que abriga
y esa hebra negra
que entra en el nombre
como entra el frío
en una fruta abierta.

4. Un café demora lo que a ella le falta

Aldana espera.

En su espera hay una blancura
que alisa la noche sin acabar con ella,
porque Buenos Aires le deja en la boca
un calor de taza demorada,
un fondo oscuro que no sube del todo,
una cucharita girando despacio
en la parte más baja del aire,
como si algo en la ciudad,
antes de apagarse por completo,
siguiera revolviendo su propia sombra
para que la hora no caiga de golpe
en la lisura.

Aldana espera
con la cartera sobre el vientre,
y el cuero, tibio de mano,
todavía guarda algo del mundo,
un olor trabajado,
una sombra de café,

una paciencia de barra y vidrio
que el blanco no consigue lavar de una vez,
como si en la costura, en el cierre, en la presión de los
dedos,
quedara una reserva mínima
de calle, de mostrador, de noche bebida despacio,
algo que la ciudad le hubiera dejado adherido
para que no entrara entera
en la claridad vacía.

La luz cae recta.

No tiene fondo.

Pero la noche sí.

La noche se queda en ella
como borra en el fondo de un vaso,
como poso que no enturbia
y sin embargo pesa,
como si la ciudad entera,
antes de apartarse,
hubiera dejado en Aldana
su resto más oscuro y más caliente,
ese pequeño sedimento

que el agua no arrastra,
que la limpieza no disuelve,
que permanece abajo
cuando todo arriba parece haberse aclarado.

Por eso espera así,
sin abrir del todo la mano,
sin soltar del todo la respiración,
sin entregarle a la silla
todo el peso del cuerpo,
como si algo siguiera girando muy despacio
debajo de la quietud,
una hebra negra,
una demora mínima,
el sedimento terco de las horas
cuando todavía conservan cuerpo,
cuando todavía guardan
una forma de calor en el fondo,
una lentitud de cucharita,
una paciencia de líquido oscuro
trabajándose a sí mismo
sin prisa de volverse nada.

Aldana espera
y el blanco trabaja sobre ese fondo.

Lo vuelve más liso.

Más mudo.

Más lejos del olor,
más lejos del calor,
del pequeño barro de la noche
que en otra parte de Buenos Aires
se deja revolver
sin perderse,
todavía junta en una taza
lo último espeso del tiempo,
todavía sostiene entre los dedos
una demora tibia
mientras aquí la hora
se vuelve más recta,
más pálida.

Pero en ella no se espesa nada.

En ella, la espera se aclara.

Se vuelve más quieta,
más lavada,
más próxima al papel,
como si el tiempo, al tocarla,
en vez de dejar borra
fuera quitándosela,
como si la luz, al caer,
fuera retirando una a una
las sombras donde el cuerpo
todavía podía demorarse.

Algo resiste.

Algo queda abajo,
como queda en una taza
lo último que el agua no disuelve,
como queda en la lengua
un amargo pequeño
después del último sorbo,
como queda en la noche
una oscuridad menor
pegada al borde de las cosas
cuando ya empezó a clarear
y todavía no las salva.

Aldana espera con eso.

Con ese fondo.

Con ese calor ya menor.

Con esa noche que no termina de irse
porque todavía la trabaja por dentro
como una cucharita ciega
girando en lo oscuro,
buscando en el fondo
lo que aún tiene cuerpo,
lo que aún conserva peso,
lo que todavía no ha sido lavado del todo
por la blancura.

5. El humo en la puerta

Aldana, sentada bajo la lámpara,
mira sin mirar un cartel sobre jardines maternos,
una madre inclinada hacia un niño
con su sonrisa de folleto,
sus colores mansos,
su obediencia pegada a la pared
como si el cuidado pudiera fijarse
con cinta adhesiva y letra prolija
sobre la cal,
como si bastara una lámina
para darle al amparo
una dirección,
un horario,
una forma visible de quedarse.

Debajo, teléfonos,
lactancia, vacunas, controles,
palabras alineadas
con una paciencia de ventanilla,
redondas, tranquilas,
hechas para no herir a nadie,

para pasar del ojo al entendimiento
sin dejar raspadura,
como si la infancia cupiera entera
en esos colores suaves,
en esa madre doblada sobre el dibujo,
en esa promesa de cuidado
que la pared sostiene
sin temblar.

La luz cae recta en el plástico
y también en la boca más seca de Aldana,
en el cuello quieto,
en las manos que no encuentran
reposo en el regazo,
como si todo en esa sala
quisiera volverse superficie
y no acabara,
como si la luz, al tocar el cartel,
el metal, la silla, la pared, la piel,
fuera probando una misma obediencia
sobre cosas distintas.

Como si la madre impresa
doblara el cuerpo
no para abrigar

sino para corregir,
hasta volver el cuidado
una postura sin sobra,
una mansedumbre aprendida
por la piel.

Porque en el mismo aire
hay una hebra de humo.

No mancha.

No corrige.

No borra la madre impresa
ni el celeste dócil del dibujo.

Pasa,
roza el cartel,
la pared,
la manga del abrigo,
y deja en la garganta
una raspadura leve,
en la luz
una pobreza oscura,
en la lámina misma

algo que no cambia de forma
y, sin embargo,
pierde inocencia.

Aldana sigue debajo de esas palabras
que no saben en qué sala están,
ni sobre qué silencio
van dejando caer
su prolijidad de mundo.

Las mira sin llevarlas a la conciencia,
como se mira una cosa ajena
que, sin dejar de ser ajena,
empieza a rozar una parte del cuerpo
más honda que la vista,
como si cada palabra
jardín maternal,
vacuna,
control,
lactancia,
fuera conservando su letra intacta
y ganando, en el aire de la sala,
un peso más áspero,
más cercano a la garganta
que a los ojos.

La sala quiere alisar.

Quiere volverlo todo
más lavable,
más quieto,
más dócil al plástico,
más próximo al número
que al temblor,
más próximo a la ficha
que a la carne.

El aire, no.

Guarda una sequedad mínima,
una hilacha de calle,
un resto de noche
tan pobre que casi no se ve,
pero bastante vivo
para quedarse rozando
lo que aquí promete abrigo.

Buenos Aires respira ahí,
en el cartel,
en la tipografía redonda,

en la promesa de cuidado y amparo,
en la sonrisa sin sombra
de la madre dibujada,
y también en ese humo
demasiado pobre para llamarse noche,
demasiado vivo para desaparecer,
como si la ciudad,
reducida a una aspereza casi invisible,
todavía encontrara en el aire
su manera más tenue
de seguir junto a ella,
de pasar por la lámpara,
por el plástico,
por la boca,
sin dejarse lavar del todo.

Y Aldana, bajo la madre inclinada,
bajo la lámpara sin párpado,
permanece en esa claridad tocada
donde algo ofrece amparo
con colores mansos y letra prolija,
mientras otra cosa, más seca,
más leve,
más cerca de la garganta que del sentido,
vuelve la lisura menos pura,

menos tersa,
menos capaz de sostener por sí sola
todo lo que promete.

6. La noche deja pasar

No hay apuro.

Pero tampoco demora.

La noche ha entrado en otra clase de paciencia,
más seca,
más baja,
hecha de lámpara,
de mesa,
de voz que pregunta una vez
y no repite.

“¿Aldana?”

La voz cae sin dureza.

Cae como cae un vaso sobre una mesa,
ocupando su lugar.

Aldana levanta los ojos.

La mujer vuelve a mirar la hoja,
la vuelve a poner junto a la otra,
pasa un dedo por la fecha,
por la línea del apellido,
por esa escritura mínima
con que la noche va cerrando
lo que antes era sólo espera.

Del otro lado del vidrio
la lluvia sigue fina.

En algún punto de la calle
un motor recoge el agua
y la aparta.

Más cerca, en el pasillo,
otra voz llama a otra,
otra puerta cede,
otra silla vuelve a crujir.

La mujer no mira a Aldana del todo.

Mira los análisis.

Los mira como se mira
lo que ya casi está dicho
y necesita pasar
por una mano.

La hoja vuelve a la mesa.

La lapicera queda al lado.

La mujer apoya un instante los dedos
sobre el papel más cercano,
como si el cuerpo, aun cansado,
guardara una costumbre antigua
de tocar lo que ordena.

Aldana oye el roce.

Oye el papel contra la mesa,
la voz de la mujer,
el golpe leve de la lapicera,
el agua que sigue bajando por el vidrio,
y entre esos sonidos la vida pesa de otro modo,
menos como secreto,
más como presencia que ya no se deja llevar
sin dejar peso.

“Esperá un momento.”

Eso dice la mujer,
sin alzar la vista,
como si hablara también
con la lámpara,
con la mesa,
con la fila quieta de papeles
que la noche va juntando.

Aldana espera.

Pero ya no como antes.

La señora de la misa ya habrá llegado a casa
con la oración doblada en la cartera.

En el café, una cucharita
roza por última vez el fondo de la taza.

El humo en la puerta
anda en una manga,
en una garganta,
en el aire que no se deja lavar del todo.

La muchacha del teléfono
mira caer la cifra
como si mirara una luz fría.

El taxista, bajo la lluvia,
vuelve a despejar un borde del vidrio.

La noche sigue repartida en ellos
cuando la mujer de la mesa
vuelve a mirar los análisis.

No tarda mucho.

Sólo vuelve a pasar
la yema del dedo
por el apellido,
por la fecha,
por la línea donde el cuerpo
ya ha entrado en la lengua
de la clínica.

Después junta las hojas,
las alinea contra la mesa,
y al levantar por fin la cabeza

hay en su cansancio
algo más cercano a la costumbre
que a la crueldad.

“Vení.”

La palabra no cae lejos.

Abre apenas.

Aldana se mueve.

La silla deja de sostenerla.

La luz cambia de lugar en la ropa.

La lluvia sigue fina del otro lado del vidrio.

Permanece así,
sin mover la boca,
sin volver la cabeza.

Todo sigue en Buenos Aires.

La función empieza.

El taxi toma otro cuerpo.

La cifra deja de alumbrar la cara.

La carpeta vuelve a cerrarse.

Otro nombre cae en la sala.

Aldana permanece.

La lluvia no se corta.

La puerta vuelve a ceder.

La mesa sigue bajo la lámpara.

Rojo en la puerta del teatro.

Amarillo en el vidrio mojado.

Lisura sobre la mesa.

Buenos Aires en la lluvia fina.

La manga tragándose el teléfono.

La palma cerrándose sobre el vuelto.

La hoja quieta bajo la lámpara.

El apellido de Aldana, ya dicho,
más cerca del papel que de la boca.

6bis. Antes de la blancura

Antes de la blancura,
Buenos Aires había dejado en Aldana
otra forma de la noche.

No la de la lámpara,
no la del metal,
no la del papel que espera su coincidencia,
sino una noche más tibia,
trabajada por el agua de las veredas,
por un vidrio empañado,
por la demora de un bar
donde el último calor no se rendía.

Algo de eso vuelve
sin volverse recuerdo.

Un olor en la lana.

Una humedad antigua en la boca.

La música remota
que a veces queda en el cuerpo
como queda en una pared
la sombra de un cuadro retirado.

Aldana no piensa.

Le pasa.

Le pasa un banco,
una lluvia menor sobre la ciudad,
una esquina donde el semáforo
tardaba demasiado en decidirse,
un colectivo que llevaba en sus vidrios
la respiración mezclada de otros,
un portón,
una escalera,
la pieza breve
donde la noche, por una vez,
no quiso sólo seguir
sino quedarse.

Buenos Aires dejaba hacer eso.

En la lentitud con que abre una puerta,
en el modo en que deja
que dos cuerpos lleguen mojados de calle
y traigan en la ropa
el frío de afuera
mezclado al calor que buscan.

No hubo promesa.

Hubo nuca.

Hubo hombro.

Hubo una mano demorándose
sobre la tela como si la tela
fuera ya una forma de escuchar.

Hubo respiración más honda,
no grande,
no heroica,
apenas esa manera
en que dos cansancios, al tocarse,
encuentran una sombra común
donde reposar un instante
sin dejar de temblar.

La ciudad estaba allí,
no como fondo,
sino en el yeso de la pared,
en el rumor de cañerías viejas,
en una sirena lejana
que no alcanzaba a herir la pieza,
en los zapatos húmedos junto a la cama,
en la luz de un edificio enfrente
todavía despierto,
en la noche porteña
gastando su aire en muchos cuerpos
hasta llegar a ellos
más pobre,
más usada,
más humana.

Y en ese calor sin discurso,
en esa pobreza compartida
de sábana, respiración y madrugada,
algo abrió su trabajo secreto.

No un anuncio.

No una música.

No una frase.

Algo más hondo,
más pequeño,
más ciego que la dicha,
como si la sangre hubiera recibido
una sílaba oscura
y la guardara
sin saber
qué nombre iba a darle.

Aldana llevaba la cabeza
apenas inclinada hacia el otro cuerpo,
como quien escucha un agua subterránea.

La noche seguía pasando por la ciudad,
por el taxímetro,
por la persiana,
por el humo,
por la cera,
por los bares que juntaban las sillas,
pero allí, en esa pieza breve,
había elegido otra tarea:
hacer sitio.

Hacer sitio en la carne,
en el aire entre dos pechos,
en la hondura donde el mundo
todavía no era pérdida
sino pura latencia,
una tercera sombra
apenas más tibia
dentro del calor de las otras dos.

Después, nada dijo que empezaba.

Ni la calle.

Ni el cuarto.

Ni los cuerpos.

Sólo una quietud distinta,
como si algo, bajo la noche,
hubiera encontrado forma
sin pedir permiso.

Y ahora,
bajo la lámpara,
cerca del papel,
de la firma,
de la blancura que se organiza,
Aldana lleva también esa noche anterior del cuerpo,
esa pobreza compartida
que no pidió palabra,
esa forma en que la ciudad,
sin saberlo,
dejó abrigo
donde después hubo vida.

7. Mientras no la llaman

El taxista limpia el vidrio
y el vaho vuelve.

Limpia otra vez.

En esa media luna húmeda
la lluvia afloja un rojo en el semáforo,
un amarillo tiembla en el charco,
la boca del teatro sigue abierta,
una pareja entra con el agua en los hombros,
una puerta cede y vuelve a cerrarse,
y la misma noche
que por un instante se deja ver en el parabrisas
cae recta sobre Aldana,
donde nada pasa.

Junta las rodillas bajo la lámpara.

El apellido ya dicho
todavía le roza la boca.

No ha sido llamada.

La luz no abre camino.

La silla no dobla en ninguna parte.

Todo lo que afuera encuentra
un borde, un reflejo, una puerta,
en ella se queda sin avanzar.

El vidrio se aclara apenas.

Lo bastante para la avenida mojada,
para un cuerpo que baja,
para otro que ya busca en el bolsillo
la fatiga contada del viaje,
para la muchacha que sigue andando
sin sacar de la pantalla los ojos
porque una cifra acaba de encenderse.

Lo bastante para seguir.

Nunca para vencer del todo
la leche pobre del aliento
ni el vaho que vuelve.

Aldana recibe esa misma noche
cuando ya no sirve el giro,
cuando la calle no corrige nada,
cuando el nombre retenido en la garganta no cae,
cuando la blancura junta el aire y lo vuelve más breve.

La mano vuelve al vidrio.

La rueda guarda su prontitud cansada.

La puerta del taxi cede.

El charco devuelve un color.

La boca del teatro traga otro abrigo húmedo.

La pantalla aguanta un poco más el brillo.

Y todo eso sigue
mientras Aldana permanece
debajo de la lámpara,
cada vez más adentro
de una hora
que no gira.

Una pareja que alcanza la función.

El pasajero que deja el viaje en una palma.

La muchacha que cruza la esquina
con la cifra fresca en la cara.

La voz que llama a otro.

La voz que todavía no la llama.

La lluvia fina en la vereda.

El vidrio mojado.

La hoja quieta bajo la luz.

En Aldana, la noche
no se aclara con un trapo,
no se abre en semáforo,
no dobla en la esquina,
no deja a nadie del otro lado.

Se espesa bajo la lámpara,
se junta en el pecho,
se queda en el cuerpo como una puerta cerrada
que ya conoce el golpe aunque no lo oiga.

El taxista limpia otra vez.

El agua corre.

La avenida recupera un borde.

La gente pasa.

La rueda toma de nuevo su prontitud cansada.

Aldana no es llamada.

La noche sigue,
rozando el vidrio,
la pantalla,
la manga húmeda del abrigo,
la palma cerrándose sobre el vuelto,
hasta entrar en Aldana y hacerse más lavada,
más quieta,
más junta.

El taxista limpia el vidrio
y la ciudad se deja ver lo bastante
para no detenerse.

8. Pantalla, silla de plástico, luz blanca

La silla de plástico cede.

La luz blanca cae sobre las rodillas,
sobre el piso lavado,
sobre la pantalla que una muchacha sostiene
a dos sillas de Aldana.

"Che, si no entra primero, no le mando nada."

"Mandale una nomás."

"No, boluda."

"Bueno, entonces esperá."

Sale de ahí,
de esa boca pintada a medias,
de esa uña que golpea el teléfono,
de esa manga húmeda
que se traga y devuelve la luz.

Aldana no mira.

La oye.

La oye en la silla de plástico,
en el brillo azul contra la cara,
en el voseo cansado
que Buenos Aires guarda
para cuando la noche
ya pasó por demasiados cuerpos.

"¿Y si me bloquea?"
"Que te bloquee."
"Me debe la mitad."
"Entonces que pague la mitad."

La pantalla enciende una cifra.

La muchacha baja los ojos.

La cifra le queda un instante
sobre la boca,
como una claridad que no abriga.

Bajo la lámpara,
Aldana recibe esas palabras
sin alzarlas a pensamiento.

Mitad.

Pagar.

Mandar.

Esperar.

Le caen cerca,
como le cae cerca
el nombre de otra cuando la llaman,
como le cae cerca
la puerta que se abre y se cierra,
como le cae
la tos de alguien al fondo.

"Te juro que no doy más."

"Dale, no hagas drama."

"No es drama, boluda."

"Bueno, ya fue."

Ya fue.

La frase queda un momento
entre la pantalla y la luz blanca,
entre la silla de plástico y la mesa
donde alguien acomoda papeles,
y Aldana la oye
como si no viniera de la muchacha
sino de una parte más baja de la noche,
de esa Buenos Aires
que habla así.

En el pasillo suena un apellido.

No es el suyo.

La muchacha se acomoda el pelo,
mira otra vez la cifra,
escribe con el pulgar,
borra,
vuelve a escribir.

"Si no paga, no mando más."

"Eso decís siempre."

"Y bueno."

"Y bueno, nada."

La silla cruje.

La luz no cambia.

La lluvia sigue fina del otro lado del vidrio.

Un taxi deja un resplandor amarillo
que dura menos que la notificación.

Aldana permanece con el apellido todavía sin caer,
con esa luz que no negocia,
no regatea,
no pide tiempo,
mientras a dos sillas de distancia
una muchacha mide la noche
por fotos,
por plata,
por lo que entra
y por lo que falta.

"Entró."

"¿Cuánto?"

"La mitad."

"Te está cagando."

"Después veo."

Después.

También esa palabra
le roza la boca a Aldana
y no termina de irse.

La muchacha guarda el teléfono en la manga.

La cifra deja de alumbrarle la cara.

Sobre la mesa lisa
alinean fecha, firma, análisis.

Otro nombre suena en la sala.

La puerta vuelve a ceder.

Buenos Aires está ahí,
no afuera,
en la voz de la muchacha,
en el agua fina del vidrio,
en la silla de plástico,
en la lámpara sin párpado,
en la pantalla que enciende y apaga

su pequeña noche azul,
en Aldana,
que recibe todo eso
sin mover la boca,
sin devolver una sola palabra.

"¿Mandás o no mandás?"
"Pará."

Pará.

La voz queda suspendida.

La luz sigue cayendo.

La silla de plástico sigue cediendo apenas.

Aldana, en la misma escena,
oye cómo una muchacha
discute el precio de su cuerpo
mientras ella, en la misma luz,
todavía no encuentra
qué decirle al suyo.

9. La coincidencia prevista

La mujer acerca la hoja a la lámpara.

No la mira como se mira
una firma,
una fecha,
un apellido que necesita
pasar de boca en boca.

La mira de otro modo.

Como si en ese papel
el cuerpo ya hubiera empezado
a existir sin ella,
una parte de Aldana,
antes de entrar en la sala,
hubiera sido llevada
a una lengua que no tiembla.

Hay cifras.

Hay líneas.

Hay abreviaturas.

Una edad que no dice infancia.

Una sangre vuelta dato.

Un tiempo contado
no por amaneceres
sino por semanas,
como si la vida,
para entrar aquí,
tuviera primero que dejarse medir
por una paciencia ajena.

La mujer no busca a Aldana.

Busca que una raya
no desmienta la otra.

Esa forma quieta
en que un número responde a otro,
en que una marca en el papel
encuentra su sitio
junto a otra marca,

en que el cuerpo, todavía respirando
con su miedo, con su noche, con su resto de ciudad,
aparece ya previsto
en la lengua de la clínica.

Aldana la mira poco.

Le basta ver
cómo los ojos ajenos
bajan por la hoja
sin sorpresa,
sin piedad,
sin dureza tampoco,
como baja una aguja
por la línea que le fue dada,
como si leer
fuera aquí
la primera forma de tocar.

La vida pesa.

Pero de otro modo.

No sólo por adentro.

No sólo en la sangre,
en el vientre,
en la respiración más corta.

Pesa también
en esa claridad de laboratorio,
en esas cifras que la separan del cuerpo
para devolverla después
reducida a coincidencia,
a grupo,
a tiempo,
a margen.

Buenos Aires queda abajo.

No afuera.

Abajo de la hoja,
como queda bajo el vidrio
la calle cuando ya no puede entrar
más que por reflejo.

La muchacha del teléfono.

El humo en la puerta.

La señora de la misa.

El taxista en la lluvia.

Todo eso sigue,
pero aquí ya no decide.

Aquí decide
lo que no se sale del renglón.

Lo que cae
donde ya estaba esperado.

Lo que, al ser leído,
deja menos espacio para la noche.

La mujer inclina apenas la cabeza.

Pasa una vez el dedo
por una cifra,
por una sigla,
por la línea donde la sangre
ha aprendido a decirse
sin calor.

No pregunta nada.

No hace falta.

Hay un saber previo
trabajando en la hoja,
una manera de mirar que no busca una historia
sino el borde exacto donde una cifra no tropieza,
no busca a la mujer entera sino el punto
en que su cuerpo puede entrar
sin rozar los bordes
de un orden ya dispuesto.

Aldana siente eso.

No lo piensa.

Siente que algo de ella
ya fue puesto en relación
antes de que la voz se acerque,
antes de la cama,
antes de la tela,
antes de la lámpara más alta.

Como si la clínica,
antes de abrirla,
hubiera querido leer
si la pérdida
coincide.

La mujer deja la hoja.

No hay sentencia en la cara.

No hay alivio.

No hay sombra.

Sólo la costumbre de quien mira un cuerpo
primero en sus signos,
después en su temblor.

Y en ese orden,
tan pobre de consuelo,
tan exacto en su sequedad,
Aldana reconoce
que la vida que lleva
ha entrado ya
en una red de casillas frías,

donde latir no basta,
donde crecer no basta,
donde ser dos todavía necesita
pasar sin mancha por el ojo del papel.

La luz no cambia.

La hoja queda cerca.

La mujer levanta apenas la vista,
como si ahora sí
el papel pudiera devolvérsela.

Y entre una mirada y la otra,
entre la cifra y el cuerpo,
entre lo previsto y lo que todavía tiembla,
la sala guarda un instante
de silencio más preciso,

como si toda la noche de Buenos Aires,
al llegar hasta aquí,
hubiera tenido que pasar
por una ranura de vidrio
sin llevarse consigo
todo su calor.

10. El pasillo tiene otro frío

La mujer dice “vení”
y la puerta cede.

Aldana entra en el pasillo
y la noche no desaparece,
pero baja,
como baja una música
cuando ya quedó detrás de una pared,
como baja una voz
cuando ya no llama a nadie de cerca.

El frío aquí es otro.

No el de la lluvia en la vereda,
no el del abrigo todavía húmedo,
sino un frío más lavado,
más quieto,
pegado al aire
como si el aire mismo
hubiera pasado a latir más despacio.

La mujer va delante.

Aldana la sigue.

No hace falta un trayecto largo
para que la sala se vuelva más remota,
para que el nombre de otra
llegue ya sin cuerpo,
para que Buenos Aires,
que hace un momento estaba en la lluvia,
en la voz,
en la pantalla,
en el vidrio,
entre ahora de otro modo,
menos por la calle
que por el pecho.

Aldana camina.

Y en cada paso la vida pesa menos como secreto
que como pulsación,
más cerca,
más insistente,
como si el cuerpo, al ir dejándose llevar,
la oyera mejor.

Detrás queda la sala.

No entera.

Apenas su resto:

una voz,

un agua en el vidrio,

un apellido

que no se entiende,

algo que sigue

y ya no acompaña.

Delante, la mujer.

Delante, otra puerta.

Entre una y otra,

el pasillo sostiene

esa distancia mínima

en que el mundo

todavía existe

y ya no alcanza.

Aldana siente cómo la ciudad
se le vuelve más interior,
menos hecha de esquina y de semáforo,
más hecha de latido,
de aire corto,
de una humedad ya sin calle,
como si Buenos Aires,
al no poder entrar entera,
hubiera pasado a golpear
en la parte más honda del cuerpo.

La mujer se detiene.

Abre.

No del todo.

Lo justo.

Aldana no mira mucho.

Basta la luz fija.

Basta el blanco.

Basta esa quietud
que no espera nada del mundo
para empezar a cerrarse.

Detrás, la noche sigue.

Pero ya muy baja.

Como sigue el corazón
cuando todo alrededor
ha perdido volumen.

Aldana da un paso más.

La puerta queda abierta apenas.

El pasillo queda atrás.

La ciudad también,
no ida,
no ausente,
sino reducida ahora
a esa pulsación obstinada
que en el pecho
dice que hubo calle,

que hubo lluvia,
que hubo Buenos Aires,
que hubo vida
antes de esta luz.

11. La obediencia blanca

La voz no sube.

No necesita.

Dice las cosas
como si ya hubieran sido dichas antes,
como si el cuerpo al oírlas
no tuviera que comprender
sino entrar
en una secuencia
que lo espera desde antes de llegar.

“Te acostás.”

“Levantás apenas la ropa.”

“Después te decimos.”

La voz ordena sin dureza.

Y justamente por eso
ordena más.

No hay apuro.

No hay amenaza.

No hay un filo que lastime.

Sólo esa manera
de ir poniendo una frase detrás de otra
hasta que el cuerpo,
sin haber respondido,
ya empieza a obedecer.

Aldana escucha.

Escucha con el cuello quieto,
con las manos recogidas,
con una parte del pecho todavía en la lluvia,
en la silla de la sala,
todavía en la muchacha que discutía una cifra
como si discutiera la forma mínima
de no ser tragada del todo por la noche.

Pero otra parte de ella
ya ha entrado en esta ropa
que no pregunta

si el cuerpo entiende,
si el miedo alcanza,
si la vida que tiembla más abajo
ha tenido tiempo
de aprender algo del aire.

La voz sigue.

No sube.

No insiste.

No se vuelve humana por bajar.

Dice.

Marca.

Dispone.

Y en esa pobreza del tono
hay algo más fuerte
que en un mandato dicho de frente:
porque no busca vencer,
sólo continuar.

Aldana siente entonces
que no es sólo una cama,
no es sólo una sábana,
no es sólo la lámpara fija,
no es sólo la mesa donde otro nombre ya esperó:
es una obediencia blanca
la que empieza a cerrarse alrededor de su cuerpo,
una forma de quietud
que no necesita crueldad
para volverse completa.

Buenos Aires queda abajo.

No afuera,
no perdida,
sino abajo,
como quedan abajo en el agua
las monedas que reflejan algo,
como queda abajo de la voz
una tos en el pasillo,
un taxi que recoge la lluvia,
un teléfono guardado en una manga,
la calle que sigue
sin preguntar por nadie.

La voz dice otra cosa.

Aldana ya no la retiene entera.

Le llegan palabras sueltas,
acostate,
después,
esperá,
como si el sentido
fuera desprendiéndose de la frase
y quedara sólo su dirección.

Entonces levanta apenas la ropa.

No del todo.

Lo justo.

Y en ese gesto mínimo,
tan pobre que casi no se ve,
el cuerpo deja atrás una parte del mundo
y entra con otra
en la lámpara,
en la tela,

en la voz,
en la respiración más corta
de lo que ya no pide respuesta.

La ciudad sigue.

Pero abajo.

Como sigue un rumor en la cañería,
una rueda en la esquina,
una lluvia que no consigue pasar del todo a silencio.

Encima,
la voz baja.

La lámpara fija.

La cama.

La tela.

La obediencia blanca,
cerrándose sin ruido como se cierra una mano
que ya sabe lo que va a soltar.

12. La lluvia sigue en la lana

La lluvia sigue en la lana.

No entera.

Apenas en la parte más baja de la manga,
en un borde del abrigo,
en la aspereza húmeda
que el cuerpo conserva
como conserva a veces, sin saberlo,
una última temperatura de la calle.

Aldana la lleva consigo
aunque ya esté acostada,
aunque la lámpara fija
haya dejado afuera
todo lo que en Buenos Aires
todavía pedía esquina,
semáforo,
vidrio,
paso.

La lluvia sigue en la lana
como sigue en la boca
un gusto que ya no pertenece del todo al mundo,
como sigue en la mano
el frío de una llave
después de cerrar.

Debajo,
la sábana.

Encima,
la voz que ya pasó
y dejó su dirección en el aire.

Más cerca,
la tela del abrigo,
esa parte todavía pobre de la noche
que no alcanzó a desprenderse
y ahora reposa
junto a la mesa,
junto al metal,
junto a los análisis,
en la blancura fija.

Nada se mezcla del todo.

La lluvia no entra en la lámpara.

La lámpara no baja a la lana.

El abrigo no aprende la quietud de la sala.

La sala no aprende a mojarse.

Sin embargo
todo permanece junto:
la calle en la manga,
la lana en el borde de la cama,
la ciudad en el pecho,
la vida debajo de la tela,
cada cosa guardando su forma
y perdiéndola
por estar tan cerca de las otras.

Aldana vuelve un poco la cara.

No hacia nadie.

Hacia esa humedad menor
que le dice
que hubo afuera.

No lo dice con imágenes.

No le trae esquinas ni tránsito.

Le trae sólo una textura:
peso húmedo,
lana rozada,
frío retenido,
algo que fue lluvia
y ahora es apenas
una memoria sin escena.

La mujer acomoda algo sobre la mesa.

El papel roza.

Un metal responde.

La lámpara no vacila.

La lluvia, en cambio,
permanece en la lana
ya casi vencida por la luz,
pero no del todo.

Por eso, aunque la cama reciba
y la tela cubra,
aunque la voz haya puesto cada cosa
en su orden,
hay una parte mínima de la noche
que todavía no consiente,
que no se rebela,
que no habla,
pero sigue allí,
en el peso del abrigo,
en la humedad retenida,
en la manga que no termina de secarse.

Buenos Aires respira así,
a veces,
no en la calle abierta
sino en una sobra pobre de la calle,
en lo que queda adherido al cuerpo
cuando el cuerpo ya ha entrado
en otro régimen del aire.

Aldana lo siente sin pensarlo.

La lluvia no la acompaña:
permanece.

No la salva:
insiste.

No devuelve el mundo:
guarda una prueba mínima
de que hubo mundo.

Y mientras la voz ya es casi
sólo una dirección recordada,
mientras la cama aprende mejor que ella
la quietud que le piden,
la lluvia sigue en la lana.

La luz sigue fija.

La mesa permanece.

La manga guarda su resto.

Y todo eso,
sin moverse,
sin buscarse,
sin consolar a nadie,
hace más visible
la distancia
entre lo que aún conserva el agua
y lo que ya no espera
más que durar.

12bis. La mano busca abrigo

No llama a nadie.

La mano apenas sube
hasta quedarse un instante
sobre la tela,
como si no tocara el abrigo,
como si buscara debajo
otra temperatura,
una forma más vieja
de no quedarse sola.

La lana sigue húmeda.

Pero ya no basta.

Guarda calle,
guarda vidrio,
guarda una pobreza de lluvia
todavía adherida al borde de la manga,
y sin embargo
no sabe cubrir

lo que ahora pesa más adentro.

Aldana no se mueve mucho.

Sólo esa mano
que sube despacio
y se detiene
sobre el pecho,
sobre la tela,
sobre la parte del cuerpo
donde el aire entra
y ya no alcanza.

No hay recuerdo entero.

No vuelve una cara.

No vuelve una voz.

No vuelve una pieza de infancia
con su lámpara menor,
su fiebre,
su vaso junto a la cama.

Vuelve apenas
el gesto.

Esa costumbre pobre
de poner una mano
donde algo duele
sin pedirle nombre,
de dejarla ahí
como se deja una taza tibia
junto a otra mano,
como se deja una frazada
sobre un cuerpo dormido,
como si el calor,
por quedarse,
supiera más que uno.

La mano busca eso.

No consuelo.

No promesa.

Busca una forma de techo
más baja que la palabra,
más antigua que el miedo,

algo que no quite
ni explique,
pero haga menos expuesta
la respiración.

Debajo,
la vida pesa.

No responde.

No llama.

No sube.

Permanece en su hondura,
más cerca ahora
de la sangre
que de la voz.

Y la mano,
sin llegar nunca,
sigue sobre la tela
como si quisiera aprender
lo que otras manos supieron
cuando la noche era fiebre,

cuando bastaba una palma
sobre la frente
para que el mundo
retrocediera un poco.

Aquí no retrocede.

La lámpara sigue fija.

La cama recibe.

La manga guarda todavía
su resto de agua.

Pero entre la tela y la mano
se abre un espacio mínimo,
una pobreza de abrigo,
algo que no alcanza a ser cuidado
y tampoco deja de buscarlo.

Buenos Aires queda abajo.

No en la lluvia.

No en la calle.

Queda en esa torpeza del cuerpo
que, cuando ya no puede salir,
todavía ensaya
una forma doméstica de amparo,
como si la ciudad,
después de haber sido humo,
taxi,
vidrio,
manga húmeda,
quisiera ahora volverse
palma,
roce,
peso quieto
sobre el lugar
donde nadie puede entrar por otra.

Aldana deja la mano.

No aprieta.

No acaricia.

La deja.

Y en ese gesto tan pobre,
tan incapaz de salvar,
empieza a juntarse
lo que después será voz:

no todavía canto,
no todavía infancia,
sólo una mano buscando
sobre la tela lavada
una sombra
donde la vida
pueda oír
que no está del todo sola.

13. Cantiga baja

Ya está con el pijama blanco.

La tela le cae distinta,
más cerca de la piel
que de la noche,
más cerca del hueso
que del abrigo dejado atrás,
como si el cuerpo, al entrar en esa ropa,
hubiera perdido otra vez
una forma de la calle.

Aldana se mira poco.

Basta la cintura atada,
la manga leve,
el blanco sin memoria
que no pregunta de quién fue el frío
antes de tocarla.

La vida pesa.

No como en la sala.

No como en el pasillo.

Pesa más cerca.

Más sola con ella.

Como si al quitarle al cuerpo
todo lo que traía mundo,
hubiera quedado más desnudo
el lugar donde latén las dos.

Aldana baja la cabeza.

No del todo.

Lo bastante
para que la voz,
sin querer subir,
encuentre una canción vieja.

No la canta entera.

La dice.

La roza.

Duérmase, mi niño.

Duérmase, mi sol.

La frase no llena el cuarto.

No lo alumbra.

No lo vuelve menos fijo.

Cae cerca,
como cae una mano
sobre una frente que arde
sin poder quitarle la fiebre.

Aldana calla.

Después vuelve.

Duérmase.

Mi niño.

La infancia no regresa.

Regresa la cadencia.

Ese ir y venir
de una voz que una vez
sirvió para arrullar el miedo,
para darle a la noche
una forma más mansa,
para hacer creer al cuerpo
que alguien velaba.

Ahora la voz vuelve sola.

Vuelve baja.

Vuelve rota.

Vuelve a esa parte
donde la vida escucha
sin haber oído nunca
otra cosa que el latido.

Aldana no dice perdón.

No dice nada
que quiera explicar.

Sólo deja
que la canción pase una vez más
por la boca,
por la garganta,
por el pecho,
y baje.

Duérmase.

Mi sol.

La palabra sol
queda un instante
como queda el calor
en la sábana
cuando el cuerpo acaba de irse.

Luego, menos.

El cuarto no responde.

La luz sigue fija.

La tela lavada
no conoce ternura.

Sin embargo,
en esa voz tan baja,
en esa cantiga casi sin aire,
hay todavía la forma más antigua
de querer abrigar.

Aldana la oye también,
como si la dijera otra,
una niña,
una madre,
una mujer ya ida
que alguna vez
le puso esa música
entre la fiebre y el sueño.

Pero ahora es su boca.

Su boca diciendo
lo único que no sabe
retener.

La vida pesa.

Más cerca del canto que del nombre.

Más cerca del corazón que del pensamiento.

Más cerca de irse y, todavía, tan adentro.

Duérmase.

La palabra sale y no encuentra cuna.

No encuentra noche.

No encuentra brazos.

Encuentra el blanco.

Aldana la deja caer igual,
una vez más,
como si en esa caída la voz pudiera todavía
hacer por la vida
algo que el mundo
ya no sabe hacer.

Después calla.

El pijama.

La luz fija.

La respiración de Aldana.

La vida.

Y en medio de las dos,
esa canción de infancia
que no alcanza a salvar
y, sin embargo,
permanece
como permanece una mano
sobre un cuerpo que tiembla
cuando ya no puede impedir
lo que viene.

14. Todavía no

El corazón aparece un instante
en la lengua ajena de la máquina,
pobre de sí,
reducido a signo,
y sin embargo latiendo
con una obstinación
que ninguna cifra alcanza.

La voz habla bajo.

Ni consuela,
ni hiera.

Sólo sigue
con esa costumbre
de decir el cuerpo
como si el cuerpo pudiera entrar entero
en una frase baja.

Aldana levanta la mano
hacia el primer botón
y la deja ahí un instante,
como si entre la tela y los dedos
hubiera todavía
otra forma del tiempo.

La vida no calla.

Late.

No más fuerte.

Más cerca.

Del otro lado del vidrio
la travesti se aparta del reflejo.

El taco busca piso seco
y no lo encuentra.

El taxi abre del todo.

La noche la recibe
sin hacer preguntas.

Aldana oye
la voz de la mujer,
ya casi mezclada
al zumbido de la lámpara,
al agua baja en el vidrio,
al latido reunido
que le golpea por dentro
como si Buenos Aires,
sin entrar entera,
hubiera pasado ahora
a sonar en el cuerpo.

La mujer termina de explicar.

Calla.

En el cuarto queda
la tela,
la luz,
la silla,
la respiración de Aldana.

Del otro lado,
el taxi cierra la puerta.

La lluvia sigue fina.

La travesti ya no está en el vidrio.

La vida pesa.

Buenos Aires también.

Aldana, entre la voz que calló
y lo que todavía no empieza del todo,
da el paso
que la deja más adentro.

Todavía no.

Todavía la palabra tiembla bajo la lengua.

Todavía la sangre
no ha aprendido del todo
la nueva dirección.

Todavía el cuerpo guarda,
junto al miedo,
una forma mínima de espera.

La mano vuelve.

La tela cede.

La lámpara no vacila.

Y todo ocurre
sobre un mantel ya tendido,
a través de esa blancura
que no pregunta por el nombre,
que no pregunta por la noche,
que no pregunta por la ciudad.

Aldana respira.

Respira más corto.

Más adentro.

Como si el aire,
al pasar por ella,
encontrara cada vez
menos calle
y más umbral.

La vida pesa.

Todavía.

Como una sílaba retenida.

Como un golpe que demora.

Como una puerta
que ya empezó a abrirse
y todavía no termina.

En el cuarto,
la tela,
la luz,
la cifra,
la voz que ya calló,
la respiración reunida.

Y sobre todo eso,
esa quietud
blanca de tan callada,
cayendo sin caer
sobre la boca,

sobre el vientre,
sobre el tiempo
que aún no se parte del todo.

15. Ya no

Ya no.

La palabra no cae.

Queda.

Queda en la boca
como queda en el aire
una puerta que ya se cerró,
un llamado que no vuelve,
el golpe leve de una taza
cuando nadie la toca más.

Aldana no habla.

Tampoco llora.

La respiración sigue,
pero distinta,
como si hubiera aprendido de pronto
una pobreza nueva,
una manera más baja
de quedarse en el cuerpo.

La tela vuelve a cubrir.

La voz ya no explica.

La lámpara no cambia.

La vida,
hace un momento todavía reunida
en una espera tensa,
en una sílaba que no caía,
en una forma mínima del todavía,
ha dejado de pesar del mismo modo.

No porque se vuelva ausencia.

No porque se disuelva.

Sino porque ahora
todo lo que la rodea
pesa más.

La tela.

La cama.

La cifra ya apagada.

La mano que acomoda.

La costumbre del cuarto.

La lámpara fija.

En medio,
Aldana.

Quieta.

No vencida.

No entera.

Sólo más abajo.

Como si una parte de ella
hubiera quedado detenida
en el punto exacto
donde el tiempo deja de avanzar
y tampoco regresa.

Del otro lado del vidrio
la lluvia sigue.

La ciudad abre un local.

Un chico levanta la cortina.

Una mujer busca las llaves.

Un motor arrastra el agua.

Nadie sabe nada.

Aquí,
en cambio,
la noche no continúa.

Ha sido recogida.

Plegada.

Vuelta menos mundo
y más resto.

Sólo el blanco.

La tela.

La luz.

La superficie que no pregunta.

El aire que no guarda
ninguna memoria de calle.

Sin embargo,
muy por debajo del blanco,
donde la lámpara no entra,
donde la voz no llega,
donde la tela no alcanza a volverse consuelo,
permanece todavía
algo de Buenos Aires.

No su ruido.

No su tránsito.

No la lluvia sobre el taxi.

Permanece
su manera de haber pasado por el cuerpo,
de haber entrado en la respiración,
de haberse vuelto latido
antes de hundirse.

Aldana no lo piensa.

Lo lleva.

Como lleva ahora
la pobreza entera de este cuarto,
la lámpara fija,
la tela otra vez en su lugar,
la voz ya ida,
la respiración que continúa
porque no sabe hacer otra cosa.

Ya no.

Y, sin embargo,
en la parte más honda
de ese ya no,
donde el cuerpo ya no puede
devolver lo que ha perdido,
queda una forma mínima de ciudad,
un hueco sin nombre,
una obstinación muda
que nadie verá
cuando la mañana
empiece del otro lado del vidrio.

16. Nadie sabe lo que falta

La persiana sube.

El primer ruido del día
raspa el metal
como si abriera una herida
que no se ve.

En la vereda lavada
alguien junta las sillas del café.

Otra mano deja el pan
tibio sobre el mostrador.

Un kiosco prende su luz.

El diario golpea una puerta.

La ciudad vuelve a abrir
sin preguntarle nada a la noche.

Nadie sabe lo que falta.

El colectivo limpia con la manga
un resto de vaho en el vidrio.

Una mujer busca las llaves
antes de llegar al portón.

Un hombre bosteza
frente a una persiana a medio subir.

En la esquina,
el semáforo recupera su rojo,
su amarillo,
su verde,
como si los colores
hubieran dormido.

La mañana no viene entera.

Viene por partes.

Por la taza que suena en el platito.

Por el balde que vuelca agua en el cordón.

Por el olor del pan.

Por la radio baja
que alguien enciende
sin escucharla.

Por una escoba
que lleva hojas mojadas
hasta la boca de la alcantarilla.

Nadie sabe lo que falta.

Una muchacha baja del taxi
con el maquillaje vencido por el alba.

Un chico abre la cortina de un local
y se queda un momento
mirando la calle vacía.

Del otro lado,
una ventana enciende la cocina.

Una vieja sacude el mantel
sobre el patio de aire.

La ciudad junta otra vez
sus cosas de seguir.

Sin embargo algo en el aire
ya no termina de encajar.

No la lluvia.

No el humo.

No el cansancio.

Otra cosa.

Como cuando una canción
ha dejado de sonar
y el cuarto todavía guarda
su forma.

El café recibe los primeros cuerpos.

Las cucharitas vuelven al fondo.

La vidriera aprende otra vez
a sostener el pan y las botellas.

Pasa un camión de reparto.

Pasa una bicicleta.

Pasa un perro
pegado al olor de la basura húmeda.

Todo encuentra su sitio
con una obediencia antigua.

Nadie sabe lo que falta.

Sólo se nota
en la manera en que la luz
cae sobre la calle
y no la llena del todo,
en la baldosa mojada
que devuelve menos cielo,
en el vidrio del bar
que no alcanza a reunir
toda la mañana.

Por alguna parte
Aldana también vuelve.

No con nombre en la boca.

No con la noche entera.

Apenas en el pliegue
de una ropa distinta,
en la forma en que el cuerpo
ya no se deja llevar
por la misma ciudad.

Pero la ciudad sigue.

Abre el kiosco.

Hierve el café.

Cruza el colectivo.

Se barre la vereda.

Se cuenta el vuelto.

Se levantan las sillas.

Se reparten diarios.

Se encienden radios.

Se dice buen día
como si el día bastara.

Nadie sabe.

No la mano que sirve el café.

No la mujer que acomoda el pan.

No el taxista que dobla despacio.

No el barrendero que arrastra el agua.

No la vieja del patio.

No el chico del local.

Nadie sabe lo que falta.

Pero Buenos Aires,
abierta otra vez
sobre su piedra mojada,
sobre su vidrio,
sobre su pan,
sobre su humo leve de mañana,
ya no pesa igual.

Como si en algún sitio
muy hondo y muy reciente
la noche hubiera retirado algo
sin tocar las paredes,
sin apagar las luces,
sin dejar más signo
que esta pobreza nueva
del aire.

La ciudad sigue abierta.

El pan sobre el mostrador.

La cuchara en la taza.

La persiana arriba.

La radio baja.

El colectivo pasando.

La escoba llevando agua.

La mañana entrando
por la puerta del café.

Y en todo eso,
sin que nadie lo nombre,
sin que nadie lo vea,
sin que nadie detenga la mano
para escuchar mejor,
queda un hueco.

Un hueco pequeño,
pero obstinado,
como esos lugares
donde la luz llega
y no termina de quedarse.

Epílogo: El día que me quieras

Acaricia mi ensueño
El suave murmullo
De tu suspirar
Como ríe la vida
Si tus ojos negros
Me quieren mirar
Y si es mío el amparo
De tu risa leve
Que es como un cantar
Ella aquieta mi herida
Todo, todo se olvida

El día que me quieras
La rosa que engalana
Se vestirá de fiesta
Con su mejor color
Y al viento las campanas
Dirán que ya eres mía
Y locas las fontanas
Se contarán su amor

La noche que me quieras
Desde el azul del cielo
Las estrellas celosas
Nos mirarán pasar
Y un rayo misterioso
Hará nido en tu pelo
Luciérnagas curiosas que verán
Que eres mi consuelo

El día que me quieras
No habrá más que armonía
Será clara la aurora
Y alegre el manantial
Traerá quieta la brisa
Rumor de melodía
Y nos darán las fuentes
Su canto de cristal

El día que me quieras
Endulzará sus cuerdas
El pájaro cantor
Florecerá la vida
No existirá el dolor
La noche que me quieras

Nota biográfica

Augusto La Fere (Lapa, Paraná, Brasil, 1973) es autor y ensayista. Su escritura transita entre la filosofía, la memoria y la metáfora del paisaje, explorando la tensión entre el silencio y la palabra. Fundador del sello *Ars Verbi™*, se dedica a la publicación artesanal y digital de obras bajo licencias libres.

Entre sus publicaciones destacan "*Cinco Formas*", "*Diálogos*", "*Buscando a Borges*", "*Poemas de Instantes*", y "*El Libro de los Restos (2025)*". Vive y trabaja en Buenos Aires, Argentina, participando también en iniciativas culturales orientadas a la difusión de la literatura libre.

Colofón

Este libro fue compuesto en EB Garamond, recreación digital de Georg Duffner (2008) de las formas renacentistas trazadas por Claude Garamont (c. 1480–1561), en París. Se eligió esta letra porque en su dibujo sobrevive una tensión afín a la de esta obra: una elegancia antigua atravesada por una herida contemporánea. Su trazo sostiene la respiración y la caída, la caricia y el tajo, la ciudad que sigue abriendo sus persianas mientras, en otro cuarto, un cuerpo aprende la forma irrevocable de la ausencia. Cada línea encuentra en esta tipografía una materia sobria, capaz de guardar la blancura clínica, el temblor de la lana, la obstinación de la lluvia y el resplandor exhausto de Buenos Aires cuando el día comienza sin reparar en lo perdido.

Así, *Entre Dos Tangos* se escribe en el umbral donde la ciudad y el cuerpo dejan de poder separarse. Aquí la página no actúa como mero soporte, sino como superficie de resonancia: cama, vereda, vidrio, sala de espera, madrugada. Sobre ella se inscriben una respiración entrecortada, una luz que no consuela, una voz que llama sin poder retener, y esa forma mínima, feroz, por la cual el amor persiste incluso cuando ya ha sido vencido por la consumación de la pérdida.

La edición digital fue concluida en marzo de 2026, por *Ars Verbi™*, en Lapa, Paraná, para un libro donde la tragedia no se alza fuera del mundo, sino dentro de su continuidad más común: una persiana que sube, una calle mojada, una canción antigua, una ciudad que sigue de pie mientras alguien deja de estar.

